

Africología: política racial y la construcción de una disciplina académica en la educación superior estadunidense

*William E. Nelson Jr.**

LA ESTRUCTURA Y EL SIGNIFICADO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ESTADUNIDENSES

Desde mediados de la década de los sesenta, la educación superior estadunidense ha experimentado transformaciones significativas. La señal más visible de un cambio importante es la existencia de una amplia variedad de programas académicos multiétnicos en los principales *colleges* y universidades. Este artículo se enfoca en una de las primeras formas de programas multiétnicos en la educación superior, los Estudios sobre Población Negra (*Black Studies*). El énfasis se pondrá en la aparición de dichos estudios como una opción institucional y en su transformación en una disciplina académica, a la que por propósitos analíticos denominaremos Africología (*Africology*).

Los Estudios sobre Población Negra son un movimiento social que tiene sus raíces orgánicas firmemente plantadas en el humus de los patrones de desarrollo social que son endémicos del sistema

* Profesor investigador de Estudios Afroamericanos y Africanos y profesor de Ciencia Política, Ohio State University. Correo electrónico: <Nelson.18@osu.edu>.

político y social estadounidense. Cualquier análisis significativo de los Estudios sobre Población Negra como una fuerza política en la educación superior deberá colocar este fenómeno en el contexto de las fuerzas sociales, económicas, culturales y políticas que moldean el carácter de los movimientos sociales de Estados Unidos en general. La mejor interpretación analítica de la historia de los movimientos sociales de dicho país es *Social Movements in America*¹ de Roberta Ash, quien define un movimiento social como “un conjunto de actitudes y acciones autoconscientes por parte de un grupo de personas, dirigidas a cambiar la estructura social y/o la ideología de una sociedad, y que se efectúan fuera de los canales ideológicamente legitimados, o que emplean estos canales de manera innovadora”.² Ash desarrolla a partir de esta definición un paradigma analítico que postula la división de la sociedad en tres niveles distintos: el de la producción (que incluye las técnicas, la cultura material, la tecnología, la organización laboral y las relaciones con el ambiente), el nivel socioestructural (que abarca las relaciones de producción —relaciones de clase— y la estructura política), y el superestructural, es decir el nivel de la ideología y del sistema de valores.³ Según Ash, la estructura de la sociedad, en particular el sistema de producción, es lo que determina el carácter organizativo básico e ideológico de la sociedad, como por ejemplo la naturaleza y el número de los sistemas de clase, la distribución del poder político y el carácter del orden económico. En el caso poco habitual de que falte compatibilidad entre la subestructura y la superestructura, una sociedad manifestará conflictos y tensiones severas. Por ello, las sociedades estables siempre buscan maneras de armonizar sus arreglos políticos y sus sistemas de creencias con sus sistemas de producción.

A lo largo del tiempo, la economía industrial de gran escala de Estados Unidos ha producido una superestructura caracterizada por “un poder y un control político extremadamente concentrados sobre la riqueza, una importante intelectualidad subordinada y muy recompensada, así como medidas de bienestar y de redistribución del ingreso muy extendidas”.⁴ El desarrollo institucional de este país se

¹ Roberta Ash, *Social Movements in America* (Chicago: Markham, 1972).

² *Ibid.*, 1.

³ *Ibid.*, 4.

⁴ *Ibid.*, 5.

caracterizó en sus primeras etapas por el aislamiento respecto de Europa y la creación de una ideología liberal burguesa. Estos factores produjeron relaciones de clase que estaban en agudo contraste con las prevalecientes en Europa. En Estados Unidos, la ideología liberal del Estado ayudó a disminuir la intensidad del conflicto de clases, dando en los diversos grupos el sentido de tener intereses sociales comunes. El fuerte conflicto entre los intelectuales y las clases gobernantes que fustigó durante tanto tiempo la política europea ha estado virtualmente ausente en Estados Unidos porque los intereses políticos de ambos han estado amalgamados. Esta convergencia de intereses ha impedido que explote en Estados Unidos el conflicto violento en cuanto a que ha equilibrado y ayudado a forjar un amplio consenso entre los grupos políticamente activos acerca de los límites adecuados de la autoridad del Estado. A este propósito resulta significativo notar que independientemente de lo desesperada y violenta que haya sido la lucha de clases y los intereses especiales en Estados Unidos, nadie ha “sugerido seriamente una organización alternativa de sociedad”.⁵

La ideología liberal del Estado, la ausencia de fuertes conflictos de clase y la concomitante ausencia de una intelectualidad rebelde han ayudado a moldear de manera importante el comportamiento organizativo de los movimientos sociales de Estados Unidos. Tales movimientos han sido casi invariablemente de reforma; es decir, no han tenido como metas fines revolucionarios como cambiar las relaciones de producción o reemplazar a la encumbrada clase gobernante. Más bien han empleado sanciones constitucionales o han legitimado medios planeados para obtener concesiones de las elites o para manipularlas. El énfasis estadounidense por tener un gobierno limitado y elecciones abiertas ha socavado la adopción de programas revolucionarios que pongan en cuestión la legitimidad de los valores centrales o las instituciones centrales por medio de movimientos sociales. El sistema bipartidista ha limitado en gran parte las opciones disponibles para los movimientos sociales al quitar de la atención pública un amplio rango de temas que no entran directamente en juego en las elecciones. “En un sistema multipartidario se ofrece a

⁵ *Ibid.*, 32.

los votantes opciones marcadamente diferentes; el hecho de que no hayan sido confrontados con tales opciones es proclamado como una victoria para el consenso de Estados Unidos y como un medio de prevenir conflictos serios".⁶

Uno de los subproductos cruciales de la revolución estadounidense fue la convicción compartida de sus habitantes de que eran un pueblo elegido y que tenían un destino único. Los valores básicos que surgieron durante la experiencia colonial —las responsabilidades cívicas, las oportunidades y la realización individuales— se marcaron permanentemente en el sistema social. Estos valores reforzaron un amplio compromiso con la democracia constitucional y mantuvieron bajo control la propensión de los grupos socialmente movilizados a buscar soluciones radicales a los problemas sociales. Además de eso, la frontera, la esclavitud y la inmigración ayudaron, en su propio modo, a restringir el impulso radical de los movimientos sociales estadounidenses, al no permitir ver claramente el nivel de miseria sufrido por la clase laboral blanca bajo el capitalismo de Estado y transmutar el conflicto de clase en un conflicto étnico.⁷

En última instancia, los movimientos sociales de Estados Unidos han servido a los intereses de las elites más que a los de las masas. Las propensiones revolucionarias de los grupos no satisfechos han sido acalladas por la ausencia de un fuerte conflicto de clase y el prevalecimiento de una ideología liberal que enfatiza la resolución de los asuntos públicos a través de la reforma y el compromiso. En el área educativa, los movimientos sociales han tendido a seguir religiosamente el modelo de comportamiento manifestado por movimientos sociales que operan en otras esferas de interés. No obstante, pueden establecerse varias distinciones interesantes respecto de las normas operativas de los movimientos orientados hacia los negros y hacia los blancos. Dentro del orden social estadounidense, los factores raciales han servido para modificar la orientación de los grupos políticamente movilizados en su búsqueda del poder y de la movilidad.

⁶ *Ibid.*, 34.

⁷ *Ibid.*, 35-44.

LA EMERGENCIA DE LA CIENCIA SOCIAL BLANCA

En contraste con el énfasis estadounidense en la propagación de los valores democráticos y la expansión de las oportunidades de desarrollo social para amplios segmentos de la sociedad, sus instituciones de educación superior han sido, desde su origen, empresas elitistas. Las nueve universidades coloniales originales, Harvard, Yale, Princeton, Dartmouth, Rutgers, Brown, Columbia, Pennsylvania y William and Mary, fueron establecidas para educar a los hijos varones de los ricos comerciantes y terratenientes en lo referente a actividades de gobierno, así como para que asumieran posiciones de poder e influencia en la economía mercantil. El control de los *colleges* se puso en las manos de una junta directiva surgida de las filas ministeriales y de los negocios. “La obligación principal de ésta era asegurar que los *colleges* sirvieran a las necesidades sociales, económicas e intelectuales de la clase alta”.⁸ Durante ese periodo se esperaba que la educación superior fuera el vehículo principal a través del cual pudieran encauzarse y mantenerse los privilegios especiales hacia una pequeña elite educada. Los planes de estudio de los *colleges* estaban diseñados para servir a los intereses básicos de este grupo especial: se esperaba que los miembros del cuerpo docente se adhirieran a esta ortodoxia básica en la instrucción en las aulas, así como en el carácter y el comportamiento personales.

Si bien el ingreso y el plan de estudios de los *colleges* crecieron durante el siglo XIX, apenas si se alteró el fundamento elitista básico que regía la educación superior. Esto continuó siendo una realidad pese a la aprobación de la Ley Morrill en 1862, que establecía las bases para la creación de instituciones sostenidas por donaciones de tierras por parte del Estado. De posesión pública, las nuevas universidades estatales emergentes buscaron emular los valores sociales y las filosofías educativas de las más viejas y prestigiosas instituciones privadas. Fue así como surgieron, entre un ambiente altamente cargado hacia la promoción de valores e intereses elitistas, las disciplinas estadounidenses de la Ciencias Sociales.⁹

⁸ Philip J. Meranto, Oneida J. Meranto y Matthew R. Lippman, *Guarding the Ivory Tower: Repression and Rebellion in Higher Education* (Denver: Lucha Publications, 1985), 14.

⁹ John Higham, *History: The Development of Historical Studies in the United States* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1965).

A lo largo de toda su historia, la educación superior estadounidense ha estado dominada por intereses elitistas. En el contexto de nuestro estudio, el término elites se refiere a individuos que ocupan lugares de poder en la sociedad.¹⁰ Aunque reconocemos la existencia de una formación de distintos grupos elitistas, la diversidad de esta representación no refuta el argumento de que la educación superior estadounidense ha funcionado principalmente en servicio de los intereses de la elite. A lo largo del proceso educativo, las clases elitistas han efectivamente legitimado sus demandas por privilegios especiales en la sociedad. Comentando sobre estas demandas especiales de las elites, Parenti anota:

Un objetivo básico de cualquier clase pudiente es representarse a sí misma como el custodio de la integridad nacional al identificar sus prerrogativas con *sacrandas*,* es decir, las creencias sacrosantas de la sociedad. Los intereses de una clase económicamente dominante nunca permanecen desnudos; siempre aparecen envueltos en la bandera, fortalecidos por la ley, protegidos por la policía, nutridos por los medios de comunicación, instruidos en las escuelas y bendecidos por la Iglesia.¹¹

Los sistemas de aprendizaje de la educación superior no sólo han promovido los intereses de las elites al investirlos con características de extraordinaria nobleza, sino que también le han echado la culpa por los problemas de la sociedad a defectos en el carácter de quienes no pertenecen a las elites. En la sociedad estadounidense, aparentando ser neutrales o estar libres de juicios de valor, los estudios de las ciencias sociales han localizado las causas de la pobreza en la débil fibra moral de los pobres, en tanto que le quitan énfasis al papel desempeñado por las instituciones dominadas por la elite en la distribución de los beneficios económicos.¹² Uno de los principales resultados del proceso de educación superior ha sido negar la existencia de privilegios

¹⁰ Véase Thomas R. Dye, *Who's Running America: The Reagan Years* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1983).

* Así en el original.

¹¹ Michael Parenti, *Power and the Powerless* (Nueva York: St. Martin's Press, 1987).

¹² Jerome H. Skolnick y Elliot Currie, *Crisis in American Institutions*, 4a ed. (Boston y Toronto: Little Brown, 1982).

especiales para las elites al presentar argumentos de igualdad de grupos y responsabilidad individual ante el dominio de la conciencia pública. Estos argumentos crean un sentido de falsa conciencia en las masas, las cuales aceptan los privilegios especiales y el poder de las elites como prerequisites especiales para el progreso continuado de la sociedad como un todo.¹³ Las disciplinas de las Ciencias Sociales estadounidenses han funcionado como instrumentos políticos a través de los cuales se han institucionalizado y perpetuado tanto el gobierno como el control que tienen las elites sobre los recursos de la sociedad. Este rasgo de las Ciencias Sociales constituye una clave indispensable para comprender la evolución de los contrastantes patrones raciales de la educación superior de Estados Unidos.

De acuerdo con Somit y Tanenhaus, una disciplina del conocimiento se caracteriza por un estado mental común. Esto significa que “para que exista una disciplina, los miembros de ella deben pensarse como pertenecientes a una profesión particular y funcionante”.¹⁴ Tal estado mental sólo puede existir si comparten ampliamente ciertos atributos. Por ejemplo, tener un acuerdo sustancial en lo que se refiere a áreas de investigación. Dos de las principales disciplinas de las ciencias sociales (Historia y Ciencia Política) iniciaron el proceso de ir hacia la realización de un estado mental común a finales del siglo XIX. Aunque la escritura y la investigación en ambos campos empezaron un poco antes, el crecimiento de estas áreas como disciplinas puede rastrearse hasta la consolidación de la influencia profesional de estos campos durante los últimos años del siglo XIX.

Como movimientos sociales, tanto la Historia como la Ciencia Política tomaron el carácter de elite. A este respecto John Higham sostiene que el ascenso de la Historia como una disciplina profesional era una parte integral de un movimiento general para establecer la autoridad de la elite e influir en la vida intelectual de la sociedad estadounidense.¹⁵ Higham observa que la Sociedad Estadunidense de Historia (fundada en 1884) era una de las muchas sociedades del conocimiento

¹³ Parenti, *Power and the Powerless*, 87-90.

¹⁴ Albert Somit y Joseph Tanenhaus, *American Political Science: A Profile of Discipline* (Nueva York: The Atherton Press, 1964), 2.

¹⁵ Higham, *History: The Development...*, 8-9.

que surgieron durante las últimas tres décadas del siglo XIX. Entre 1869 y 1879, se organizaron por lo menos 79 sociedades del conocimiento y otras 121 lo hicieron durante la década de 1880.¹⁶ Era ésta una época en la que crecía la conciencia profesional y que se veía marcada por la fundación de las escuelas profesionales y de estudios superiores, por la regulación de los médicos por medio de juntas estatales de examinación y la dispersión a nivel estatal y local de barras de abogados.

Los académicos estaban al frente de los esfuerzos por mejorar la calidad de la vida intelectual estadounidense. Estas campañas revistieron el carácter de movimiento social por sus conscientes esfuerzos por influir, a través de la manipulación política, en las decisiones que se tomaban sobre un cierto rango de problemas relacionados con la intelectualidad, como eran la localización de bibliotecas y museos y el contenido de los cursos que se enseñaban en las universidades y *colleges*.¹⁷ Los académicos se enrolaron activamente en el apoyo de las clases patricias, las cuales tomaron al movimiento de consolidación intelectual como una “reacción contra la apertura y la rudeza democráticas de la época anterior a la Guerra Civil”.¹⁸ Considerándolos como sus aliados naturales, los patricios se unieron a los académicos para promover el refinamiento de los esfuerzos intelectuales estadounidenses y para proteger los privilegios especiales de las elites. Y, por su parte, los académicos se encontraron bastante cómodos en los círculos patricios porque eran vistos como parte de la elite. Higham sostiene que antes del fin de ese siglo, los profesores de la Universidad de Columbia eran enlistados casi automáticamente en el Registro Social de Nueva York. Muchos de éstos ganaban más de 5000 dólares anuales, mientras que el maestro promedio recibía 500.¹⁹

La configuración de las disciplinas estadounidenses de ciencias sociales fue muy influida en sus primeros años por los patrones de la elite educativa empleados en las instituciones de educación superior alemanas. Muchos de los primeros líderes de estas profesiones se

¹⁶ *Ibid.*, 8.

¹⁷ *Ibid.*, 8-9.

¹⁸ *Ibid.*, 9.

¹⁹ *Ibid.*, 9-10.

formaron en universidades alemanas. En muchos casos, dichos estudiantes estadounidenses estaban tan impresionados con la investigación de las Ciencias Sociales alemanas y con sus métodos de enseñanza, que intentaron imitar esta experiencia en las escuelas cuando regresaron a su país. Se considera a John W. Burgess como el padre fundador de la Ciencia Política estadounidense. Burgess viajó a Alemania para hacer estudios de posgrado y quedó muy impresionado con el énfasis alemán sobre la investigación sin trabas, y también lo deleitó el hecho de que las universidades alemanas no pusieran restricciones administrativas a la libertad de aprendizaje de los estudiantes. Burgess regresó a Estados Unidos y estableció los primeros programas de posgrado en Ciencia Política de los Estados Unidos en la Universidad de Columbia. La fundación de la escuela de Columbia marcó el surgimiento de la Ciencia Política como disciplina. Tal surgimiento tomó la forma de una vigorosa expansión de la educación de posgrado en ese campo: debates llenos de espíritu acerca de los métodos de investigación, la fundación de la Asociación Estadunidense de Ciencia Política en 1902 y el desarrollo de los departamentos independientes de Ciencia Política en el periodo 1903-1921.²⁰

La aparición de la Historia como disciplina profesional siguió un patrón similar. La consolidación de este campo empezó con la fundación de la Asociación Estadunidense de Historia (AHA por sus siglas en inglés). La figura central detrás de la creación de esta asociación fue Herbert Baxter Adams, un graduado de la Universidad de Heidelberg y director de estudios históricos en la Universidad Johns Hopkins en las décadas de 1880 y 1890.²¹ Desde el principio, los historiadores profesionales controlaron la AHA. La considerable expansión de la importancia pública de la organización se debía a su control sobre la *American Historical Review* y a su influencia sobre la enseñanza de la Historia en las universidades y en las escuelas secundarias y preparatorias. La expansión de los programas de doctorado hacia finales de ese siglo, también incrementó significativamente la estatura de la Historia como disciplina académica emergente. Gran

²⁰ Albert Somit y Joseph Tanenhaus, *The Development of Political Science: From Burgess to Behavioralism* (Boston: Allyn and Bacon, 1967), 15-85.

²¹ Higham, *History: The Development...*, 11-15.

parte del crédito por el crecimiento de esta disciplina a un nivel profesional a partir de 1900, se le puede atribuir a John Franklin Jameson, uno de los primeros presidentes de la asociación. Él promovió la investigación académica histórica al aceptar encargarse de la edición de la *American Historical Review* y convertirse en punta de lanza para el establecimiento de un centro de investigación histórica en Washington, bajo el patrocinio de la Institución Carnegie. La asociación produjo la invaluable bibliografía anual intitulada *Writings on American History*.²²

Hacia finales de siglo, Jameson estableció el modelo para lo que se convertiría en el sello del crecimiento en cuanto a prestigio e influencia de la Historia como disciplina profesional; es decir, apoyo institucional que suponía el establecimiento de bibliotecas especiales, la formación de revistas especializadas, el establecimiento de sociedades históricas locales y regionales, y el financiamiento de la investigación en este campo por parte de los gobiernos y las fundaciones privadas. La emergencia de la Historia como una de las principales disciplinas se facilitó también por los adelantos tecnológicos en lo relacionado con el almacenamiento y recuperación de la información, las innovaciones en el transporte masivo y la creación de prensas universitarias como sistemas de apoyo para la investigación académica.

Durante los primeros años del siglo xx, la Ciencia Política había mostrado un considerable progreso en sus esfuerzos por convertirse en una disciplina nacionalmente reconocida y viable. En 1903, se funda la Asociación Estadunidense de Ciencia Política, y tres años después se lanza la revista oficial de la asociación, *The American Political Science Review*.²³ Hacia finales de la primera década se apreciaba ya una clara tendencia hacia la formación de departamentos de Ciencia Política independientes en los principales *colleges* y universidades. En 1914, 38 instituciones informaron tener departamentos de esta disciplina separados. Esta proliferación tuvo el efecto de darle a la Ciencia Política una presencia formal organizativa en la academia estadounidense que antes había faltado.²⁴ El establecimiento de una

²² *Ibid.*, 16-23.

²³ Somit y Tanenhaus, *The Development...*, 51-53.

²⁴ *Ibid.*, 56-57.

asociación y la constitución de departamentos abrió amplias oportunidades para iniciar diálogos serios entre los académicos que se consideraban politólogos. Las discusiones consecuentes empezaron a enfocarse frecuentemente en cuestiones estructurales como los límites de la disciplina y los asuntos metodológicos que se centraban en los métodos apropiados para la investigación disciplinaria formal. Entre los años de 1921 y 1945, se constituyó con gran fuerza la educación de posgrado en Ciencia Política y surgieron importantes programas de doctorado (*Ph.D.*) en varias instituciones prestigiosas (véase cuadro 1). Fue también durante esos años cuando empezaron a escucharse los primeros murmullos de la revolución en el comportamiento de la Ciencia Política. Animados debates sobre las posibilidades de la Ciencia Política, dirigidos por gigantes intelectuales de la talla de Charles A. Merriam, William B. Munro y G.E.G. Catlin, empezaron a sacar a esta disciplina de las sombras de la Sociología y la Economía, y a forjarle su propio lugar como un prestigioso esfuerzo en las ciencias sociales. Otra señal importante de que la disciplina maduraba fue su creciente compromiso con la educación ciudadana. Peter H. Odegard, un distinguido presidente de la asociación, anunció el cambio en esta dirección al hacer un llamado a los politólogos para que reconocieran su deber de “instruir a quienes quedan bajo nuestra tutela no sólo en la estructura y mecánica de la política y la administración, sino también en los principios fundamentales sobre los que descansa la democracia moderna”.²⁵

Un análisis de las historias del ciclo vital de la Ciencia Política y la Historia como disciplinas académicas sugiere que la búsqueda de reconocimiento y estatus de éstas se incrementó en gran medida debido a ciertos factores que no se aplican con igual fuerza y relevancia a disciplinas de reciente creación. El hecho de que estas disciplinas empezaran a nivel de posgrado les dio una considerable cantidad de prestigio instantáneo. Así, los asuntos relacionados con su credibilidad académica se dispararon inmediatamente después del surgimiento de programas de doctorado fuertes en Harvard, Johns Hopkins, Columbia y Yale. Los graduados de estos programas se convirtieron en los constituyentes naturales y los líderes principales de la disciplina.

²⁵ *Ibid.*, 138.

CUADRO 1
PRINCIPALES FUENTES INSTITUCIONALES DE DOCTORADOS
EN CIENCIA POLÍTICA, 1926-1945 POR DÉCADA

1926-1935			1936-1945		
<i>Escuela</i>	<i>Número de doctorados</i>	<i>% de la producción total</i>	<i>Escuela</i>	<i>Número de doctorados</i>	<i>% de la producción total</i>
1. Columbia	62	11.7	1. Harvard	80	12.2
2. Harvard	52	9.8	2. Chicago	78	11.9
3. Hopkins	44	8.3	3. Columbia	52	8.0
4. Chicago	43	8.1	4. California	35	5.4
5. Wisconsin	35	6.6	5. Wisconsin	32	4.9
6. Iowa	33	6.2	6. Iowa	30	4.6
7. Illinois	27	5.1	7. Princeton	28	4.3
8. California*	24	4.5	8. Yale	22	3.4
9. Pennsylvania	20	3.8	9.5. Illinois	19	2.9
10. Brookings	19	3.6	9.5. Stanford	19	2.9
Subtotal	359	67.7		395	60.4
Las diez más grandes	171	32.3		259	39.6
Gran total	530	100.0		654	100.0

Incluye Radcliffe.

* Incluye UCLA.

FUENTE: Somit y Tanenhaus, *The Development of Political Science...*, 102.

Al aceptar puestos como profesores de Ciencia Política e Historia en los *colleges* y universidades, estos graduados tenían un interés propio en cabildar para que se crearan redes institucionales independientes, como los departamentos autónomos y las bibliotecas de investigación, y se apoyara el rápido desarrollo institucional de sus disciplinas.

Éstas también tuvieron la ventaja de surgir en el momento en que la estructura formal de organización de las universidades estadounidenses no había cristalizado totalmente. El centro organizativo de la universidad estaba todavía en flujo. Ningún campo particular de estudio —especialmente en las ciencias sociales— tenía un control indisputable sobre el objeto de estudio. Los problemas que se centraban sobre asuntos de tipo académico, se resolvían habitualmente separando un campo de interés académico de otro. Así, en la medida en que la Historia y la Ciencia Política fueron obteniendo identidades separadas de la Economía y la Sociología, cada una de éstas podía legítimamente proclamar el derecho de empezar a funcionar de manera autónoma.

Los intereses profesionales y políticos de las disciplinas de la Ciencia Social avanzaron muchísimo al adherirse sin restricciones al punto de vista mundial, a una sociología del conocimiento que estaba en armonía con los intereses del patronato de la universidad y de la población blanca dominante. En su búsqueda por la verdad y la objetividad, estas disciplinas se apoyaron en métodos de investigación y suposiciones epistemológicas que sirvieron para justificar y promover la subordinación de los intereses de las minorías al poder y a las preferencias de las elites blancas. Robert Staples ha descrito el impacto racial de la sociología “blanca” o tradicional en las siguientes palabras:

La sociología de los blancos remite a esos aspectos de la sociología que se han diseñado más para la justificación de las instituciones y prácticas racistas que para los análisis objetivos de las instituciones humanas y del comportamiento. Es este cuerpo teórico y de investigación el que ha sido empleado por los poderes existentes para sostener el racismo de los blancos y los instrumentos de su ejecución. La sociología de los blancos ha suministrado no sólo la revestidura científica para la explotación de las masas negras, sino la base ideológica para arreglar el poder y la ascendencia de los poderosos en la sociedad humana.

La institucionalización de los valores, suposiciones y métodos de la ciencia social de los blancos no se ha limitado al ambiente educativo de las universidades en las que predominan los blancos. Históricamente, las instituciones negras han imitado servilmente el énfasis eurocéntrico de la Ciencia Social dominada por los blancos. En las

instituciones históricamente negras, tanto públicas como privadas, los planes de estudio de las ciencias sociales han sido, casi de manera uniforme, imágenes en espejo de los planes y programas de estudio que emergían dentro del contexto más amplio de la investigación y la enseñanza social científica blanca. Por ejemplo, en un estudio sobre los ofrecimientos curriculares de siete *colleges* y universidades históricamente negros, encontramos que en el año académico 1987-1988, el énfasis en las facultades de ciencias sociales recaía arrolladoramente en la enseñanza de cursos que estaban dentro de la esfera central de las ciencias sociales blanca o tradicional (véase cuadro 2). El mayor porcentaje de cursos relacionados con temas negros, lo ofrecían escuelas privadas o cuasi privadas como Fisk y Howard. La mayoría de las escuelas encuestadas de la Universidad Estatal de Tennessee y de la Universidad de Carolina del Norte A & T había logrado escapar al impulso reformador de los cursos sobre revolución de Estudios sobre Población Negra en ciencia política, y eran casi indistinguibles de los que se enseñaban en las universidades blancas de tamaño medio en todo el país. Cada una de estas escuelas enseñaba sólo un curso sobre política afroamericana. Los otros cursos de esos departamentos reflejaban las suposiciones y métodos generalizados de la Ciencia Social tradicional. La Ciencia Política y la administración pública eran examinadas por los estudiantes de estas instituciones desde la perspectiva de los académicos blancos y los libros de texto tradicionales que hacían invisible la heroica y única batalla de los negros por usar los recursos del proceso político para así superar las posiciones de subordinación e impotencia en la sociedad estadounidense.

Los esfuerzos por reformar las propuestas de la Ciencia Social para las instituciones históricamente negras y que concuerdan con el cambio mundial hacia los análisis afrocéntricos han encontrado una gran resistencia. La propuesta de un miembro del cuerpo docente de la Universidad Estatal de Carolina del Sur para establecer un curso denominado El Pueblo Africano y el Mundo como requisito obligatorio para las carreras de humanidades recibió una fuerte oposición de otros miembros del cuerpo docente. La visión de la mayoría de los docentes era que los cursos orientados hacia los negros disminuían el acceso de los estudiantes al competitivo mundo que estaba más allá del campus, donde las oportunidades de movilidad estarían controladas por los blancos.

CUADRO 2
ENCUESTA SOBRE LA OFERTA DE CURSOS DE CIENCIAS SOCIALES
EN UNIVERSIDADES NEGRAS SELECCIONADAS

	<i>Número de cursos tradicionales</i>	<i>Número de cursos relacionados con tema negros</i>
Universidad Estatal de Carolina del Norte A & T		
Ciencia Política	35	2
Historia	50	10
Sociología	55	1
Universidad Howard		
Ciencia Política	39	10
Historia	107	23
Universidad Estatal de Carolina del Sur		
Ciencia Política	26	3
Sociología	24	1
Universidad Estatal de Tennessee		
Ciencia Política	20	1
Universidad Dillard		
Historia	12	1
Sociología	12	1
Universidad Fisk		
Historia	12	8
Universidad Estatal de Jackson		
Ciencia Política	10	1

La encuesta se limitó a los cursos ofrecidos a nivel de licenciatura.

No se tiene idea de en qué punto se encuentra el mundo. La suposición básica es que se prepara a los estudiantes para que salgan al ancho mundo, pero sin cargarlos con nada que sea negro. Nada que enoje a los blancos porque de ahí es de donde viene el dinero. No hay apoyo para los Estudios sobre Población Negra porque mucha

gente cree que estos cursos no son funcionales para el mundo real. Un miembro del cuerpo docente de la Universidad Estatal de Tennessee, a quien entrevistó el autor de este artículo, sugirió que los administradores de su universidad tienen dificultades para entender la necesidad de realizar cursos de ciencias sociales afrocéntricos. Quienes están formados en los métodos tradicionales de investigación no ven ninguna razón por la cual los planes de estudios de Ciencia Política o de Historia tendrían que separarse de la corriente dominante en lo relativo a metodología y práctica de las ciencias sociales estadounidenses: “Aun cuando tenemos libertad en nuestros cursos para usar ejemplos basados en la experiencia negra, es imposible convertir esto en el principal énfasis. En este sentido, no somos diferentes de la Universidad Estatal de Memphis o de la Universidad de Tennessee en Knoxville”.

En un nivel más pragmático, los administradores de los *colleges* tradicionalmente negros no están convencidos de que los programas de estudio afrocéntricos en las ciencias sociales sean políticamente vendibles a las juntas directivas dominadas por blancos que ejercen un control de vida o muerte sobre sus presupuestos y sobre la acreditación. En este sentido las instituciones históricamente negras enfrentan un dilema: por una parte son presionadas por la comunidad negra para manifestar mayor “relevancia” al ofrecer más cursos afrocéntricos y, al mismo tiempo, a los patronatos y las juntas de directores les demandan que integren sus poblaciones estudiantiles reclutando más estudiantes blancos. Los funcionarios de las universidades negras ven estas demandas como contradictorias. Para resolver el conflicto han dado su aprobación para desarrollar un número limitado de cursos con orientación negra, en tanto que se resisten a abandonar totalmente los planes de estudio de las Ciencias Sociales tradicionales. Al respecto un profesor de la Universidad Estatal de Jackson en una entrevista dijo:

No hay presión para ser afrocéntrico. Se presiona para ser integracionista en el sentido de que vamos a dar a todos algún conocimiento acerca de los pueblos del Tercer Mundo en general y del pueblo africano en particular. Vamos a tener esos contenidos disponibles en nuestros planes de estudio. Pero también vamos a tener que atrave-

sar la delgada línea y ofrecer todos los otros cursos. Es lo mínimo que podemos hacer. No es que piense que así deben ser las cosas, sino que es la manera en que se han desarrollado. Además algunas personas en las ciencias que podrían partir de una perspectiva afrocéntrica para su investigación han decidido, en virtud de su disciplina, que no hay una perspectiva tal. Volvemos al control de las instituciones, y los negros no están en control de las suyas. También esto nos regresa a las percepciones sobre lo que se considera legítimo, y a lo que esto significa el día de hoy, que es lo legítimo en función de la corriente dominante.

El profundo compromiso con los cánones y la metodología de la corriente dominante de las Ciencias Sociales por parte de las instituciones históricamente negras explica por qué éstas no han podido ser la base sobre la que se desarrolle una política radical en la comunidad negra. En lugar de poner en tela de juicio las suposiciones básicas de los valores elitistas postulados por las ciencias sociales tradicionales, los programas académicos de estas instituciones han perpetuado las perspectivas ideológicas que siguen justificando y legitimando los reclamos para que se les den preferencias a “los poderosos de la sociedad humana”.

Las ciencias sociales tradicionales han sido extremadamente funcionales en Estados Unidos para las clases y los intereses dominantes. No sólo le han abierto la puerta a la elite dominante para proseguir sus estudios superiores, sino que han inculcado patriotismo y un cierto instinto para apoyar el sistema en los corazones y la mente de las masas. Aunque con frecuencia se ha sostenido que carecen de juicios de valor, las ciencias sociales tradicionales ha abrazado una ideología racista que le ha proporcionado una apariencia de legitimidad a la perpetua subordinación del poder y la autoridad negras en el sistema social. Debido al papel histórico que han desempeñado no es sorprendente que los líderes del capitalismo corporativo hayan sido algunos de los principales partidarios de estas disciplinas. Ya hacia la mitad de este siglo habían obtenido un apoyo que defendían con obstinación en la estructura política de la academia estadounidense. Pocas personas estaban preparadas para enfrentar el desafío a la hegemonía académica de estas disciplinas, que emanaría durante las dé-

cadras de los años sesenta y setenta del movimiento a favor de los Estudios sobre Población Negra.

EL MOVIMIENTO DE LOS ESTUDIOS SOBRE POBLACIÓN NEGRA

Como empresa intelectual dichos estudios tienen largas y honorables raíces. Los estudios académicos sobre Población Negra en el nuevo mundo se remontan hasta el periodo anterior a la guerra. Los escritos de ex esclavos, abolicionistas e intelectuales del siglo XIX constituyeron un sólido fundamento de sabiduría sobre el que los estudiantes de la experiencia negra del siglo XX podían construir. El conocimiento sobre esta experiencia empezó a adquirir cualidades sistemáticas como resultado del trabajo pionero de académicos de principios del siglo XX tales como W.E.B. DuBois, Carter G. Woodson, Charles J. Johnson y Lorenzo Turner. El movimiento en esta dirección se reflejó en el establecimiento, en 1915, de la Asociación para el Estudio del Pensamiento y la Vida de los Negros y la publicación de la *Journal of Negro History*. Estudios más recientes a cargo de gigantes intelectuales como John Hope Franklin, Charles H. Wesley, E. Franklin Frazier y Benjamin Quarles han sacado el estudio de la experiencia negra fuera de las sombras de la actividad intelectual hacia la brillante luz de penetrantes, serios y duraderos análisis, así como desarrollos académicos.

Como movimiento social, los Estudios sobre Población Negra tienen su raíces más inmediatas en el movimiento de protesta estudiantil de los años sesenta.²⁶ En este sentido, dicho movimiento difirió claramente de otros anteriores, diseñados para crear nuevas disciplinas en la educación superior, y, a diferencia de la campaña para construir los campos de la Historia y la Ciencia Política, la realizada para dicha área no fue dirigida por una elite social bien atrincherada. Más bien fue promovida por estudiantes e intelectuales negros imbuidos de un alto sentido de conciencia racial debido a que estaban involucrados con militantes en las campañas negras de protesta.²⁷ Durante los años sesenta, las protestas negras pasaron de las calles a los

²⁶ Harry Edwards, *Black Students* (Nueva York: The Free Press, 1970), 17-60.

²⁷ Robert H. Brisbane, *Black Activism: Racial Evolution in the United States, 1954-1970* (Valley Forge, Pen.: Judson Press, 1974), 223-228.

campus universitarios. Lo que alimentaba estas protestas era que los negros se daban cuenta de que las universidades estadounidenses eran ciudadelas importantes de poder y de influencia potencial. Al notar la ausencia de una significativa participación negra en la vida de las principales universidades, los estudiantes empezaron a demandar el reclutamiento de más estudiantes y docentes negros. Y también empezaron a exigir el establecimiento de cursos de Estudios sobre Población Negra para que los estudiantes afroamericanos pudieran entender la dimensión total de los problemas que enfrentaban en Estados Unidos y en todo el mundo. Finalmente, la demanda de cursos se traduciría en exigir programas amplios que institucionalizaran el examen sistemático de la experiencia negra en el marco orgánico de la universidad.²⁸

La demanda política por parte de los estudiantes afroamericanos de implantar Estudios sobre Población Negra dio como resultado el establecimiento de más de quinientos programas en universidades y *colleges* de Estados Unidos en un periodo de cinco años. Y estos esfuerzos por inaugurar, estabilizar e institucionalizar dichos programas en los principales campus universitarios desencadenaron una tormenta de controversia y conflictos. La demanda de Estudios sobre Población Negra era algo más que una petición para instaurar nuevos cursos; en el fondo, representaba una severa crítica a los valores tradicionales y a los arreglos tanto institucionales como políticos estadounidenses. Estos programas ponían en tela de juicio tanto los métodos como las suposiciones epistemológicas de las ciencias sociales tradicionales. Cuestionaban no sólo el contenido de cursos específicos, sino la red ideológica que apuntalaba los enfoques fundamentales sobre asuntos humanos por parte de disciplinas enteras. Además, en un nivel práctico, estos estudios amenazaban con expeler tanto a los estudiantes como a los recursos financieros y a alejarlos de las facultades tradicionales en un periodo en que ya emergía una crisis fiscal en la educación superior. Así, desde el principio, la demanda por Estudios sobre Población Negra encontró una fuerte resistencia por parte de quienes estaban comprometidos profundamente con la preservación del carácter histórico de la educación superior. En muchos

²⁸ *Ibid.*, 226-236.

campus universitarios, la resistencia estaba basada en evitar por completo la existencia de Estudios sobre Población Negra.²⁹ En otros, la estrategia era establecer un programa para aplacar las demandas estudiantiles, al mismo tiempo que se limitaba su alcance e impacto. Esto se lograba generalmente manteniendo poco personal y bajos recursos en estos programas y teniéndolos como unidades coordinadas más que como departamentos autónomos. Aun, en esos lugares donde se establecían departamentos completos, se hacían grandes esfuerzos para evitar que el movimiento por los Estudios sobre Población Negra se tradujera en una reforma curricular universitaria amplia. Los departamentos de dichos estudios quedarían confinados a desarrollar y enseñar sus propios cursos y se desalentaría la colaboración multidisciplinaria entre éstos y otros departamentos. Muy pocos cursos de Estudios sobre Población Negra podían entrar en el plan de estudios básicos de la educación universitaria. Y la idea de que dichos cursos deberían imponerse a todos los estudiantes se consideró subversiva. A los estudiantes que tomaban cursos de Estudios sobre Población Negra y que no eran negros, por ejemplo, sus facultades de origen no se los validaban para su graduación.

En primer lugar, la batalla por estos programas estaba destinada a ser severa porque el movimiento estaba impulsado desde abajo más que desde arriba, y porque la elite dominante no lo aprobaba y no trabajaba para los intereses de éste. Era, de muchas maneras, un movimiento radical con un potencial revolucionario. Las distinciones raciales y de clase que habían sido suprimidas de la atención pública eran recuperadas en el debate sobre la "relevancia" de la educación estadounidense tradicional. Dada la gravedad de esta amenaza, las reacciones por parte de los sectores de la elite eran predecibles. En segundo lugar, la coalición que dio lugar a la existencia de los Estudios sobre Población Negra era tenue y transitoria. Los boicots y manifestaciones que hacían los estudiantes militantes negros no podían mantenerse durante largos periodos de tiempo; y, cuando las marchas pararon, las fuerzas de la reacción empezaron a deshacer lo hecho.

²⁹ Robert Chrisman, "Observations on Race and Class at San Francisco State", en James McEvoy y Abraham Miller, *Black Power and Student Rebellion* (Belmont, Calif.: Wadsworth, 1969), 222-232.

En tercer lugar, lo que proponían los Estudios sobre Población Negra era poder alcanzar, en unos pocos meses, hazañas de desarrollo organizativo que las disciplinas tradicionales lograban luego de años de esfuerzo. El reto de pasar de movimiento social a disciplina académica sigue siendo uno de los asuntos más críticos en la agenda del movimiento de esta disciplina.

AFRICOLOGÍA: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA DISCIPLINA ACADÉMICA

El término Estudios sobre Población Negra le ha servido a la comunidad académica negra para varios propósitos útiles. La adopción de éste en los años sesenta iluminó la determinación de los afroamericanos de ya no ser meros objetos y convertirse en sujetos capaces de emprender esfuerzos intelectuales serios. En la medida en que el movimiento popularmente conocido como Estudios sobre Población Negra alcance mayor comprensión y avance hacia el objetivo de convertirse en una disciplina, deberá asignársele un nombre que capture la esencia de la perspectiva que implica ser una disciplina. Una posible elección de nuevo término es Africología, un concepto que evoca imágenes de una rigurosa búsqueda intelectual del conocimiento sobre personas de ascendencia africana.

Ciertamente la transición de movimiento social a disciplina académica requiere de algo más que la simple asignación de un nombre nuevo. Según el profesor Maulana Karenga, una disciplina es por definición “un sistema autoconsciente y organizado tanto de investigación como de comunicación en un área definida de búsqueda y conocimiento”.³⁰ La construcción de una disciplina sobre Africología representa un desafío muy singular debido a la ausencia de un paradigma ampliamente aceptado, ya que la búsqueda de uno que sea apropiado es una condición esencial para poder desarrollar la disciplina. Y esto significa que debe ser de naturaleza interdisciplinaria. Es decir, debe ser un marco conceptual que corte a través de la rutina de las líneas disciplinarias y produzca orden, coherencia y compren-

³⁰ Maulana Karenga, “Black Studies and the Problematic of Paradigm: The Philosophical Dimension” (junio de 1986), 5.

sión a partir del vasto conjunto de materiales científico-sociales. El profesor James Stewart se ha referido a tal paradigma como a un “modelo expansivo de Estudios sobre Población Negra”. Este modelo de Stewart trasciende los límites ordinarios de las disciplinas tradicionales y crea una nueva interdisciplina.

Un paradigma apropiado para la Africología debe también ser una alternativa y una corrección al saber tradicional; y debe, necesariamente, ser afrocéntrico en su orientación básica. Este requerimiento implica más que una simple sustitución de los conceptos negros en lugar de los blancos, implica la construcción de una nueva epistemología basada en la posición única del pueblo africano en el orden social mundial. Tal como lo pone el profesor James Turner, el desafío para los nuevos intelectuales negros no es “simplemente elegir o seleccionar entre los juguetes metodológicos y conceptuales de las disciplinas tradicionales, sino reconceptualizar la acción social y renombrar el mundo de manera que se borren los vacíos que han surgido inevitablemente como resultado de demarcaciones disciplinarias artificiales”. La disciplina de Africología debe ser un prisma a través del cual podamos interpretar correctamente el mundo que nos rodea. Debe darnos la capacidad de no simplemente hacernos preguntas distintas, sino las adecuadas, y probar la verdad de las respuestas que recibimos con base en las realidades que emanan únicamente de la experiencia africana. Si el profesor Russell Adams acierta al decir que la epistemología es un código social para trazar un grupo de definiciones en varios niveles de realidad, una epistemología para la Africología debe permitirnos determinar nuestra realidad y comunicar nuestros planes para transformar el mundo, tal como lo conocemos.³¹ Un paradigma apropiado para la Africología debe ser uno liberador; esto es, debe permitirnos tirar la camisa de fuerza de la cultura occidental y empezar la búsqueda del autoconocimiento y la autorrealización, de las que habla el profesor Karenga.

Dicho paradigma debe también combinar el autoconocimiento y la autorrealización con la acción social. Y, en contraste con las prácticas

³¹ Russell L. Adams, “Intellectual Questions and Imperatives in the Development of Afro-American Studies”, Carlene Young, ed., *An Assessment of Black Studies Programs in America Higher Education*, *The Journal of Negro Education* 53, no. 3 (verano de 1984).

parroquiales y autolimitantes de las disciplinas tradicionales, la Africología debe llevar sus límites más allá de las fronteras de la academia y empezar a tener un impacto concertado en la comunidad total. La Africología debe simbolizar no sólo la búsqueda de una nueva disciplina, sino una nueva comunidad de activistas políticos. Las medidas tradicionales que han separado la empresa de investigación de la obligación moral para crear cambio social contradicen la esencia filosófica de la Africología. Como una reencarnación de los impulsos militantes de las revueltas de los años sesenta, la Africología no debe buscar el conocimiento per se, sino como una forma de perseguir vigorosamente el cambio social positivo.

Desde un punto de vista práctico, la Africología debe contar con la fidelidad de los académicos afrocéntricos y promover la comunicación efectiva dentro de la disciplina. Y como tal debe también desarrollar múltiples puentes para comunicarle sus logros al mundo exterior. Los problemas que se centran alrededor del imperativo de estandarización deben resolverse en el contexto de un paradigma afrocéntrico. Las decisiones críticas tendrán que hacerse tomando en cuenta las prioridades disciplinarias con respecto a la programación de licenciaturas y posgrados. La disciplina debe también establecer estándares mínimos de conducta profesional. Debe insistir en que quienes desean pertenecer a la disciplina se comprometan a constantemente promover el objetivo social y cultural de una comunidad afrocéntrica de académicos. Finalmente, la Africología debe trabajar intensamente con las nuevas metodologías y tecnologías de las ciencias sociales y las humanidades. El milagro de las comunicaciones ha hecho posible la creación de una aldea global de los africanos. Los adelantos tecnológicos en este campo han producido impresionantes posibilidades para hacer investigaciones nuevas, pero también nos obligan a enfrentar enormes desafíos y responsabilidades.

La tarea de construir la disciplina de la Africología es una alternativa y un correctivo para el conocimiento tradicional; es un desafío extremo. En su búsqueda de coherencia y permanencia, la Africología enfrenta obstáculos que no existían durante los años formativos de la Historia y de la Ciencia Política. Las distinciones que a este respecto pueden hacerse son muy marcadas. En primer lugar la Africología no basa sus orígenes en fuerzas que están dentro del *estab-*

lishment académico, sino que emana de un movimiento externo de origen popular, diseñado para abrirles a los negros las puertas de la educación superior, las cuales habían estado cerradas durante más de un siglo. Los educadores profesionales que tenían influencia y poder no fueron los actores más importantes en las primeras campañas en favor de los Estudios sobre Población Negra. Dichos programas no podían recurrir a su vinculación con prestigiosos departamentos de universidades extranjeras para acabar con las nubes de sospecha que rodeaban sus reclamos de legitimidad académica. A los ojos de los administradores de las universidades, estos programas representaban recompensas políticas para la comunidad negra; los problemas concernientes a la institucionalización, contenido sustantivo y longevidad estarían íntimamente vinculados con la movilización de apoyo político para estos programas en escenarios a la vez internos y externos a la universidad.

En segundo lugar, los Estudios sobre Población Negra comenzaron en un momento en que las líneas de poder, autoridad y jurisdicción dentro de la comunidad académica ya se habían trazado perfectamente. Además, éstos amenazaban con desarticular los acuerdos organizativos formales e informales que se habían asentado desde hacía décadas. Las artificiales líneas de demarcación que separaban la Ciencia Política, la Historia, la Sociología y la Economía habían sido planteadas a través de largos experimentos y negociaciones. Como empresa interdisciplinaria, los Estudios sobre Población Negra no sólo empañaban las distinciones tradicionales, sino que buscaban esculpir para sí una posición única y separada al implicar en su esfera de acción cursos y actividades relacionadas que se inmiscuían en el terreno académico de las disciplinas tradicionales. Las disciplinas tradicionales no estaban preparadas para concederle (sin pelear) a los Estudios sobre Población Negra el derecho a enseñar cursos relacionados con los negros, porque tales cursos caían dentro de su supuesta jurisdicción. Así, cuando el Departamento de Estudios sobre Población Negra de la Universidad Estatal de Ohio introdujo diez cursos de Historia Africana en 1972, el Departamento de Historia se los apropió y los añadió a su lista de cursos. La justificación que daba este departamento era que todos los cursos que mostraran la palabra "historia" en su título caían propiamente dentro de la jurisdicción de su

departamento y sólo podían ser impartidos legítimamente por miembros del cuerpo docente de esa facultad. Entonces, los Estudios sobre Población Negra tuvieron que librar una seria batalla durante dos años antes de ganar y establecer firmemente el “derecho” a impartir cursos de Historia Africana.

En tercer lugar, los Estudios sobre Población Negra representaban una crítica radical innata de la ideología, los métodos y los objetivos de las ciencias sociales tradicionales; rechazaban los supuestos elitistas de esa disciplina y, en lugar de eso, se proponían usar la educación para promover la distribución a amplia escala de los beneficios sociales, económicos y culturales para todos los sectores de la población. Los Estudios sobre Población Negra ponían en tela de juicio la validez de la suposición eurocéntrica, endémica a las ciencias sociales tradicionales, de que la sociedad como un todo podía ser efectivamente examinada y explicada con base en los valores, necesidades e intereses de la cultura dominante. Dichos estudios buscaban transformar la hostilidad concomitante a los valores, las necesidades y los intereses africanos, y suministrar un foro intelectual donde los académicos activistas negros pudieran empezar a examinar la vida negra desde una perspectiva centrada en África.

El énfasis dual sobre el cambio social a través de la acción social y la creatividad académica, y la reforma educativa a través de la transformación de los valores y las prácticas de las ciencias sociales sirven como piedra de toque cardinal para construir y desarrollar la disciplina de la Africología. Pero dada la presente estructura y el marco ideológico de la educación superior estadounidense, ¿cómo pueden llevarse a efecto estos objetivos? Esta pregunta ilumina el dilema principal que enfrentan los Estudios sobre Población Negra actualmente. Si la Africología sigue firmemente enraizada dentro del nexo estructural de la vida académica estadounidense, se le requerirá que asuma algunas de las características de comportamiento de otras disciplinas. Y a los miembros de la disciplina se les pedirá que enseñen, investiguen, guíen los proyectos de los estudiantes, lean sus artículos en conferencias, respondan a peticiones de apoyo efectuadas por miembros de la comunidad y se conformen con los requisitos y las expectativas burocráticas de las universidades en las que trabajan. La disciplina de Africología deberá apoyar el trabajo de sus miembros y forjar el tipo

de vínculos amplios que se requieren para alcanzar respetabilidad e influencia en toda la comunidad académica. ¿Podrá la Africología alcanzar los objetivos prácticos delineados arriba y al mismo tiempo cumplir con su desafío de transformar radicalmente los enfoques tradicionales que se tienen hacia la educación? Existe el gran peligro de que, en la medida en que la Africología quiera institucionalizarse, abandone su compromiso con el cambio social radical y el mejoramiento de la comunidad. Este peligro se refleja en la tendencia a cambiar el enfoque de la disciplina que tiene la segunda generación de académicos que realizan Estudios sobre Población Negra, al acceder a las demandas de la universidad de hacer compromisos conjuntos y cortar sus vínculos con los grupos estudiantiles y las organizaciones comunitarias. La nueva ortodoxia consiste en que dichos estudios puedan hacer mejor su trabajo consolidando sus relaciones formales con unidades académicas paralelas en todo el campus universitario y simultáneamente abandonar sus reclamos de autonomía institucional e independencia académica. Con esta formulación, la descentralización estructural se convierte en el gemelo funcional de la desintegración ideológica. El énfasis sobre el análisis afrocéntrico es acallado por un interés en un saber "objetivo", que ponga los temas pertinentes de la experiencia negra dentro del contexto más amplio de los desarrollos occidentales y de las contribuciones de los intereses blancos dominantes.

Claramente, la tarea de construir la disciplina de la Africología está llena de presiones, complejidad y contradicciones. La academia estadounidense no ha sido un anfitrión receptivo para los que han intentado adherirse religiosamente a los objetivos originales del movimiento de Estudios sobre Población Negra. Con todo, el reto que enfrentan los defensores de la Africología no es insuperable; el hecho de que ésta sea fuerte, dinámica y funcional puede construirse sin sacrificar indebidamente su compromiso con la reforma educativa y el cambio social. En contraste con la Historia y la Ciencia Política, la Africología debe erigirse desde abajo hacia arriba y no al revés. El proceso de construcción debe iniciarse en la comunidad negra con el establecimiento de una firme red política dedicada a una programación académica radical de calidad. Las universidades de Estados Unidos están inmersas profundamente en el proceso político. La presión a cargo

de intereses organizados tanto de dentro como de fuera de la universidad puede tener un efecto evidente en la capacidad de los programas de Africología para alcanzar sus objetivos sin hacer concesiones mayores. No es enfatizar lo suficiente decir que la comunidad es la base del proceso de construcción de la Africología. La búsqueda de esta disciplina debe verse como una extensión de la campaña de derechos civiles que provocó, en principio, la existencia de los Estudios sobre Población Negra. La Africología representa una fase continua en la lucha de liberación negra a través de la educación. Comparte sus intereses sustantivos con los de la comunidad, que existen en relación simbiótica con una gama de otros objetivos impulsados por el inmenso poder potencial que implica la movilización de la comunidad.

La Africología debe también establecer una base de fuerte apoyo político en el campus. El objetivo central aquí debe ser que los estudiantes de licenciatura estén motivados no sólo a tomar cursos en el programa, sino a reagruparse y brindar apoyo de una manera continua cuando sea necesario. Debido a que su historia partió de un movimiento político abierto, la Africología no puede darse el lujo de seguir las huellas de la Historia y de la Ciencia Política y concentrar sus esfuerzos iniciales en la educación de posgrado. Aun cuando ésta es un componente esencial del proceso total educativo, concentrarse en esta área debe esperar la construcción de una base académica y política sólida basada en el nivel de licenciatura.

La Africología debe cultivar una imagen de integridad disciplinaria por medio de la creación de un plan de estudios estandarizado y del establecimiento de procedimientos y criterios adecuados de evaluación y acreditación. La señal indiscutible de que el campo ha empezado a moverse hacia la consolidación disciplinaria será la desaparición de una multitud de enfoques diversos sobre los cursos de Estudios sobre Población Negra y la institucionalización de un plan de estudios uniforme en todo el país. Tal plan de estudios será importante no sólo para definir claramente la ideología central y el meollo temático de la disciplina, sino para erigir sus propios límites, de manera que la esencia de sus contribuciones no se diluya con la penetración externa de las disciplinas rivales.

La Africología debe crear una red institucional nacional para apoyar los fines fundamentales de la disciplina. Deberán hacerse todos

los esfuerzos por establecer facultades autónomas de Africología. Las facultades académicas son el elemento vital de los movimientos disciplinarios exitosos; sirven como vehículos importantes para reclutar estudiantes; y son también los instrumentos clave del poder en el esfuerzo por promover la institucionalización creativa de disciplinas dentro de la estructura central de la universidad.

El énfasis en el crecimiento profesional debe ser un componente esencial de los planes para la evolución y el desarrollo a largo plazo de la disciplina de Africología. El proceso de profesionalización comienza con la iniciación de sólidos programas de posgrado y continúa con la creación de una organización nacional, la celebración de conferencias anuales y la publicación de una revista nacional. Dicha organización debe ser a la vez un instrumento político y de servicio. Como instrumento político debe coordinar el establecimiento de redes funcionales que movilicen la organización de apoyo para los objetivos primarios de la disciplina. Y en su capacidad de servicio debe mantener informados a los miembros de la disciplina sobre desarrollos importantes, promover los intereses de su carrera y organizar la reunión de fondos de apoyo de fuentes tanto públicas como privadas. La perspectiva ideológica no ortodoxa de la disciplina puede hacer imposible la obtención de donativos por parte del gobierno y de las principales corporaciones. Este hecho puede ponerle peso adicional a la capacidad de los líderes de la disciplina para hacer que las contribuciones sean visibles y relevantes para los ciudadanos de origen popular.

En este momento de la historia humana, hemos alcanzado esa mágica intersección en el tiempo, en la que las aspiraciones humanas pueden transformarse en programas académicos que pueden liberar al mundo de cientos de años de sufrimientos humanos. El pueblo africano puede traerle a la condición humana una perspectiva especial y un don único para alcanzar un desarrollo social progresivo. De ser construida con cuidado, la Africología puede ser un instrumento de iluminación y triunfo político que transforme la condición humana, en todo el mundo, en un modelo de responsabilidad social y magníficos logros.